

Diplomacia Cuba-Estados Unidos: ¿MISIÓN IMPOSIBLE?

DURANTE LA PASADA NAVIDAD LOS TEMPLOS SE abarrotaron en La Habana y otras diócesis, y más familias colocaron adornos navideños. Pero el ambiente social estuvo saturado por situaciones que empañaban estas fiestas, restablecidas oficialmente desde 1998 en el calendario civil. La fecha para la realización de un ejercicio militar tan cercana a la Navidad, la largamente transmitida reunión de la Asamblea Nacional del Poder Popular hasta el mismísimo día de la Noche Buena y, sobre todo, el intercambio de mensajes gráficos entre Cuba y Estados Unidos en el Malecón habanero, cubrieron como nube de humo contaminante las celebraciones navideñas.

Hace cerca de treinta años los gobiernos de Washington y La Habana decidieron mutuamente abrir lo que se conoce como Secciones de Intereses que permitieran la existencia de representantes diplomáticos y consulares. No fue una obligación entonces poner fecha al restablecimiento pleno de relaciones diplomáticas, pues la existencia de un enviado diplomático no implica el reconocimiento de un Estado. Pero después de casi tres décadas hubiera sido normal alcanzar niveles superiores en este sentido, pues tales “secciones de intereses” se establecen con carácter transitorio, previo a la creación de Embajadas. No es muy lógico suponer que el despliegue de tales recursos diplomáticos pretendía sólo dar facilidades consulares, o permitir puntuales casos de contacto en materia de seguridad.

De hecho, también para un profano en la materia, es evidente que la presencia abundante de personal diplomático similar a la que corresponde a una representación que indica relaciones diplomáticas plenas, no se corresponde con los ánimos tan negativos que prevalecen.

Una aproximación a determinados acontecimientos a lo largo del pasado siglo, sin necesitar lentes de mucho aumento, indica que tanto la diplomacia cubana como la estadounidense son capaces de actuar de forma muy correcta y profesional, de manera *eficaz*, para usar un término apropiado. Incluso más de una vez han compartido cierto grado de responsabilidad en determinadas negociaciones, elaboración de proyectos internacionales o solución de conflictos, como los trabajos de discusión y

elaboración de normas o cartas de derecho internacionales o las negociaciones que pusieron fin a la dimensión internacional de la guerra en Angola.

Es poco probable que alguna negociación internacional de peso no se someta a una consulta en el Departamento de Estado de Estados Unidos, pero tal vez sea menos conocida la vasta red que la diplomacia cubana –cultivada ya desde las primeras décadas del siglo xx– ha sabido tejer en la amplia geografía del Sur. Quizás naciones emergentes como Sudáfrica o Brasil tengan hoy mayor peso específico que Cuba, pero en materia diplomática la influencia cubana pesa por sí misma. Sin embargo, los gestos diplomáticos públicos entre Cuba y Estados Unidos no se corresponden con esa capacidad real.

Desde que en el siglo xv varias ciudades-Estado italianas sustituyeron a los enviados transitorios por representantes permanentes, estableciendo las bases del servicio diplomático profesional moderno, pasando por la creación de las cancillerías y la elaboración de códigos de procedimientos y protocolos, hasta la firma de la Convención de Viena sobre las Relaciones Diplomáticas en 1961, poco ha variado en la esencia de las funciones diplomáticas. Las ocupaciones de rutina (atención a ciudadanos residentes en el Estado que acoge, asistencia a ceremonias y reuniones sociales), de información o inteligencia, y de negociación, permanecen como las tres principales funciones de los diplomáticos, encargados tanto de proteger los intereses de sus Estados como de favorecer las relaciones con el Estado que les recibe. Pero la tercera, la capacidad de negociación, es como la consagración del diplomático.

Ciertamente hay diferencias entre los intereses de un país y otro, incluso entre aliados. Durante el último año fuimos testigos de un múltiple desencuentro político entre Cuba y los países de la Unión Europea, manifestado en crisis diplomáticas. Mediante negociaciones e intercambios de mensajes (públicos y privados), se reiniciaron los contactos y el descongelamiento de las relaciones restableció las posibilidades de las misiones diplomáticas. Es muy probable que los puntos de vista políticos opuestos causantes de la crisis (lo que se conoció como “guerra de los cocteles” y

el congelamiento de las embajadas europeas, después de los juicios sumarios de 2003, fueron la última expresión de una concepción diversa de la disidencia u oposición política por parte del gobierno cubano y de la Unión Europea) no desaparezcan de inmediato –como tampoco van a desaparecer los disidentes–, pero las partes aceptan negociar y mantener el diálogo desde esas bases.

El diálogo y la negociación son parte inseparable de la diplomacia. Además de defender y promover los intereses nacionales, la diplomacia entraña la inestimable posibilidad de acercar y potenciar las relaciones entre los Estados, y de ayudar incluso a modificar determinadas posturas en bien de la concertación. Es siempre mucho más lo que se puede lograr con el diálogo que con la renuencia a él. Después de todo, la interdependencia actual impone en un momento u otro la necesidad del encuentro y el arreglo negociado, a menos que exista el propósito deliberado de negarse a restablecer una relación, o de sacar mezquinos provechos de una aguda crisis. Unilateralmente Cuba congeló y descongeló las relaciones con los países de la Unión Europea. La lógica sugiere que el descongelamiento facilitará el diálogo y la negociación sin ignorar los motivos del desencuentro.

Pero a diferencia de lo que ocurre con Europa, la paradoja de los intercambios de representaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos sin la voluntad de superar el desencuentro, denota la subordinación diplomática a la política de la guerra fría. A lo largo de estas casi tres décadas, las vigilancias y sospechas, restricciones en los movimientos, molestias a las sedes, expulsión de diplomáticos y frecuentes denuncias de actividades contrarias a la misión, reflejan la política del enfrentamiento y se convierten, en la práctica, en el abandono de una buena parte de los postulados que ambos gobiernos reconocen en la Convención de Viena y que, se supone, deseaban compartir cuando aceptaron de mutuo acuerdo el intercambio diplomático.

El otro problema está dado precisamente por la interpretación que se da a la soberanía de los Estados que representa la diplomacia moderna. Tal soberanía no es patrimonio exclusivo del partido que rige o gobierna, descansa en todo el pueblo, con toda su variedad de intereses y enriquecedoras diferencias. Los intereses de un nutrido grupo de comerciantes estadounidenses, por ejemplo, entran en contradicción con la política de su país para Cuba. Mientras en la Isla, la situación social y política de numerosos cubanos, o las restricciones al ejercicio de ciertos derechos, están subordinados a las oscilantes pero siempre críticas relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Es de suponer, y de desear, que en algún momento tales incoherencias desaparezcan con la voluntad de alcanzar altas metas políticas internas y externas, y con el correspondiente despliegue de las posibilidades diplomáticas.

Pero mientras tales metas no se alcancen, no debe desprezarse las posibilidades que ofrece el ejercicio de la diplomacia para ir restaurando los puentes de contacto. Si las políticas exteriores deben ser un proceso abierto que se pueda explicar públicamente, la diplomacia –aún cuando debe cumplir también metas políticas– no abandona negociaciones privadas eficaces, al decir de Sir Harold Nicholson en *Diplomacia*, una obra bien conocida entre los encargados de *hacer posible* la misión diplomática. Y sobre las cualidades que debe tener el diplomático eficaz, el propio Nicholson sugiere estas: *veracidad*, pues da reputación y credibilidad; *precisión*, que denota certeza intelectual y moral; *buen carácter*, que implica moderación y sutileza; *paciencia y calma*, que ayuda a ser preciso, razonable y desapasionado; *modestia*, para no vanagloriarse de los éxitos; *lealtad*, a los suyos y, correspondientemente, a la nación que acoge. Es evidente que el diplomático no busca el aplauso del público.

Rebotando entre intereses políticos, económicos o culturales, el ejercicio de la diplomacia puede ser un noble medio que acerque a los pueblos, o un instrumento de distorsión, de equívoco o desencuentro, capaz de poner en riesgo incluso los verdaderos intereses nacionales y la seguridad de las personas. Un ejercicio difícil sin duda. Tal vez por ello C. W. Freeman Jr., un veterano con treinta años de servicio diplomático en Estados Unidos, en su obra *Diccionario del Diplomático* –donde recoge centenares de comentarios sobre la materia, atribuidos a varios personajes que a lo largo de los siglos se han visto implicados–, ha incluido este razonamiento suyo: “la diplomacia es un asunto demasiado importante para dejarlo en manos de torpes aficionados...demasiado portentoso para ser confiado a los políticos, pero demasiado político para ser dejado en manos de los generales”. Un asunto para personas que creen en el diálogo y el entendimiento entre las naciones, parece decir.

En un mundo globalizado e interdependiente, es necesario que la diplomacia “recupere su nobleza”, como expresara Juan Pablo II a un grupo de diplomáticos en la Santa Sede, el 15 de mayo de 2003. Porque “la atención a las personas y a los pueblos, así como el interés por el diálogo, la fraternidad y la solidaridad son la base de la actividad diplomática y de las instituciones internacionales encargadas de promover ante todo la paz, que es uno de los bienes más valiosos para las personas, para las poblaciones e incluso para los Estados, cuyo desarrollo duradero sólo puede sostenerse en la seguridad y en la concordia”.

Sería un tanto arriesgado afirmar que los próximos cuatro años continuarán siendo testigos del desencuentro entre Estados Unidos y Cuba. Pero si así ocurriera, las representaciones diplomáticas que ambos países intercambian desde hace casi tres décadas existirían sólo para reafirmar que los Gobiernos, al mantenerlas, se han propuesto mantener una suerte de misión imposible, aunque no cabalmente diplomática. Ω